

# **SOBRE LOS ORÍGENES Y LA IDEA DE EUROPA (EN EL CINCUENTA ANIVERSARIO DE LA UE)**

**Juan Manuel de Faramiñán Gilbert\***

Sumario: I. EUROPA EN SUS ORÍGENES. II. EUROPA EN SUS CONTORNOS.  
III. EUROPA EN SUS CONTRADICCIONES. IV. EUROPA EN LA ENCRUCIJADA.  
V. EUROPA GLOCALIZADA. NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Hablar de Europa es hablar de una idea ancestral que resulta difícil poder centrar desde una sola perspectiva dado que Europa, en sí misma, encierra muchas ideas y variadas concepciones<sup>1</sup>.

Para ello he dividido mis reflexiones, a modo de ensayo, en cinco partes, Europa en sus orígenes, que se remonta al mito; Europa en su geografía que se determina, sobre todo, por sus fronteras, por sus contornos; Europa también, en su amalgama de contrastes y de contradicciones; Europa, la que se sitúa habitualmente en la encrucijada, en una bifurcación de caminos, que curiosamente confluyen siempre sobre un mismo destino y, finalmente, Europa entre lo universal y lo local, pues Europa es cada pueblo, cada localidad, cada terruño, ya que a través de ellos se enriquece y son sus partes las que fortalecen al todo.

La Cátedra Jean Monnet que tengo la responsabilidad de dirigir en la Universidad de Jaén, ha sido el centro de operaciones desde donde hemos especulado sobre qué entendíamos por Europa, y hemos querido, sobre todo, despejar cierta perplejidad existente sobre el sentimiento de *ser* y de *sentirse* europeos. Ya que además de *ser europeos* por el hecho de pertenecer a la Unión como ciudadanos y ciudadanas comunitarios que lo somos por derecho propio, habrá que definir hasta qué punto nos *sentimos* europeos, como una percepción que no viene impuesta por cánones jurídico-políticos sino por nuestra propia convicción de sentirnos parte de una idea común: la

---

\* Catedrático de la Universidad de Jaén y Titular de la Cátedra Jean Monnet.

© Juan Manuel de Faramiñán Gilbert. Todos los derechos reservados.

<sup>1</sup> Texto extraído del Discurso de Ingreso al Instituto de Estudios Giennenses (Jaén) sobre “*La idea de Europa: una década de estudios europeístas en la Universidad de Jaén*” realizado en enero de 2006 y cuya Contestación al Discurso de Ingreso correspondió al Catedrático Consejero de Número Dr .Antonio Martín Mesa.

“idea de Europa” que se ha ido plasmando durante estos cincuenta años de existencia de la, hoy, Unión Europea.

No obstante, la incógnita persiste. ¿Cuándo nace la idea de Europa?, ¿existe una *cultura* o una *civilización* europea?, ¿cuáles son los límites de Europa como continente?, ¿cómo evoluciona la utopía de la Europa unida a la Unión Europea?, ¿cuáles son los modelos aplicables para esa unión?...en fin, tantas preguntas sobre las que habrá que desentrañar las respuestas posibles, para lo que voy a ejercitarme sobre varios baremos. Al menos voy a intentarlo, pues, como decía Cicerón (Cicerón, *fin.* 1,3, *non enim paranda nobis solum, sed fruenda sapientia est*), si es posible llegar a la completa adquisición del conocimiento, no sólo debemos alcanzarlo, sino también disfrutarlo.

## I. EUROPA EN SUS ORÍGENES

Resulta siempre útil remontarse a los orígenes, pues, aunque las realidades cambian, en los mitos fundacionales podemos recuperar conceptos que permiten ilustrar las ideas que encierran esos conceptos.

Europa ha buscado en el mito explicar sus orígenes tanto en Grecia como en Roma y en ambas culturas encontramos referencias simbólicas que se han asentado en el imaginario europeo. Ya, para Hesíodo en su *Teogonía*, Europa, metafóricamente, se nos presenta como una Europa divinizada, junto a sus hermanas las Oceánidas, descendiente de Océanos y Tetys, y que con la connivencia de los Ríos y de Apolo, alimenta la juventud de los seres encarnados. Más tarde, con Moscos en el siglo II de nuestra Era, va alcanzando figura humana, y se afianza en el mito con Ovidio Nasón en su *Metamorfosis*, donde en treinta y dos versos recoge el “Rapto de Europa”.

La historia mítica comienza en Creta, donde recalca el toro Zeus llevando en su grupa a la doncella Europa que acaba de raptar en las costas de Fenicia. Sin embargo, para la narración de Ovidio, la raíz de la estirpe europea habrá que buscarla en el padre de Europa, el rey Agenor, rey de Fenicia, de la dinastía de los Labdácidos descendientes de Labdacos, rey de Tebas, de la Tebas griega. Fenicia se encuentra, por tanto, detrás de la mitología europea, como queriéndonos indicar Ovidio, que una corriente civilizatoria llega a nuestro continente desde aquellos lares. No obstante, en el mito también podríamos encontrar reminiscencias de Egipto, como nos lo indica Victor Berard, que reconoce los mismos iconos del mito latino en tradiciones egipcias, relatadas en el *Libro de la Oculta Morada*, donde se nos habla de una diosa, la Bella Amenti que vive junto al toro del Amenti en el poniente, donde el sol se oculta, como un psicopómpico destino que representa la última morada.

De la unión entre Zeus y Europa nacerán Minos, Radamanto, Eaco y Sarpedón y, con excepción del primero que se afianza en Creta, Radamanto se dirige a las islas Cícladas, Eaco gobernará las islas de Egira y Sarpedón las tierras de Licia.

Durante la infancia de Minos, Asterios, será el primer rey de Creta, quien pondrá en marcha un nuevo modelo de cultura y civilización en un continente yermo que tomará el nombre de Europa.

Más allá de estas reflexiones, podríamos columbrar que si para el mito, la raíz de Europa está en Oriente, su tronco se encuentra en el Mediterráneo, y colegir que los cuatro hijos de Europa podrían representar corrientes de poblaciones que se han ido asentando en la cuenca del Mediterráneo. Si bien, para nuestro escarnio intelectual, habrá que asumir con Herodoto que *“ningún mortal puede pretender conocer algún día su verdadero significado”*, pues tal resulta lo incógnito del mito para la razón de los seres humanos.

No está claro de donde proviene etimológicamente el término Europa. Para algunos podría encontrar su origen en la raíz celta *vrab* que daría lugar al término *Occidente*; para otros la terminología semita (que ha sido la más aceptada) basada en la raíz *ereb* de donde se deriva el término *noche*, en probable conexión con el término griego *erebeo* que encierra los conceptos de oscuridad o mejor, también, de ocaso. Aquellas tierras de Occidente donde el sol se pone y que se ajusta geográficamente, mejor, a la geometría del mito que parece describir una corriente cultural que viene de Oriente hacia Occidente; y que en árabe correspondería a la voz *gharb* que indica la *región oscura donde el sol se pone en occidente*.

Nada seguro, en Europa, siempre especulando...

## **II. EUROPA EN SUS CONTORNOS**

Cabe preguntarse cuál es la dimensión geográfica de Europa. Dónde comienza o dónde termina, con cierta ironía, pero con razón, se ha dicho por Ricardo Coudenhove-Kalergi que Europa es una pequeña península del continente Euroasiático, y sobre esta misma idea reflexiona Gonzague de Reynold, cuando al preguntarse *¿qué es Europa?*, se responde, *“una prolongación de Asia, pero a cambio de ello, posee una unidad de estructura y de carácter”* (Gonzague de Reynold, 1947, 28).

Europa ha tenido de manera habitual un componente socio-político más que geográfico, y en definitiva, quizás, en esencia, se acerque más a lo que apuntara Dennis de Rougemont que consideraba a Europa *“ante todo una cultura”*, o el mismo Coudenhove-Kalergi al decir que *“el concepto de Europa puede expresarse como una combinación de elementos políticos y culturales”*.

Los contornos de Europa se dibujan desde el océano Atlántico, el mar Mediterráneo y el mar Negro por una parte, el océano Glacial Ártico por otra, quedando entonces indefinidos los límites con Asia donde los geógrafos optaron por un límite convencional apoyando la línea divisoria en los montes Urales aunque éstos se hayan en pleno continente asiático. Si bien la geografía ha sido clara en sus límites “peninsulares” no ha sido tan clara en sus límites “continentales” hacia el Este pues ha sido la política

la que les ha “*desplazado continuamente del Rin a los Urales, del Adriático al Caspio*” (Coudenhove-Kalergi, 2002, 24).

Si, como vimos la Europa del mito resulta ambigua e inquietante, la Europa geográfica se nos presenta elástica y, a veces, hasta indefinida, no digamos, entonces, su alcance cultural, pues su, entendámonos, “impronta civilizatoria” se ha ido desplazado en sucesivos avances desde el Mediterráneo hacia el corazón del continente, en Centro-Europa, para luego expandirse más allá de sus contornos en un proceso entrópico de la mano de navegantes, descubridores, aventureros que fueron dejando esa impronta europea en los más recónditos parajes de la tierra.

No en vano, nos recuerda Oscar Halecki, que esto es tan así, que “*no sería exageración llamar al hemisferio occidental como un todo, una nueva Europa, del mismo modo que una pequeña parte de las colonias inglesas se denomina Nueva Inglaterra y muchas ciudades americanas recibieron el viejo nombre europeo que añadió la palabra nuevo o nueva*”; (Halecki, 1958, 94) al punto que Luis Díez del Corral dijera con cierto pesimismo que “*estamos en trance de empequeñecernos mientras el mundo se europeíza*” (Díez del Corral, 66-67).

Desde su momento liminar en el Mediterráneo hasta su epicentro en la Europa *hanseática* o *gótica*, el modelo greco-latino se va transformando integrándose en el Sacro-imperio Romano-germánico con la fundamentación ecuménica del cristianismo, pero sin perder elementos del paganismo anterior que en su *pandeia*, como sustrato del pensamiento filosófico, reverbera luego en el Renacimiento. Una amalgama de corrientes de pensamiento adoban y galvanizan el imaginario europeo con la presencia de pueblos que llegan al corazón de Europa o a sus fronteras.

La llegada de grupos Uraloálticos, Eslavos y Germanos gesta un nuevo sistema político-social que se aleja de los modelos greco-latinos de corte mediterráneo. Serán los Germanos, y particularmente los grupos familiares de los Góticos, entre los que se destacan los Ostrogodos y los Visigodos los que ocuparán, respectivamente, la península itálica y la península ibérica, así como el grupo familiar de los Teutones que se desparramará por los contornos de Europa rodeando a la familia gótica. Entre ellos se destacaron los Francos, Borgoñones y Suevos en la zona norte del continente, y los Escotos, Anglos, Sajones y Frisones en la parte insular del norte de Europa y en las costas escandinavas, para cerrar el círculo los Vándalos en el norte de África y en las islas del Mediterráneo occidental.

Es lo que Luis Racionero bautizó como los “*bárbaros del norte*”, frente a lo que él considera la “*civilización mediterránea*”. Todo acabó para el Mediterráneo cuando los cascos de los caballos de Alarico se pasearon a sus anchas por la inviolable y mítica ciudad de Roma. El destino de Europa estaba dando un giro.

La enigmática Tartesos, también, nos recuerda tiempos de esplendor, pues allí, otra vez, en la *Ora Marítima* de Avieno (Rufo Festo Avieno poeta latino del siglo IV de nuestra era) volvemos a reencontrar las raíces fenicias y modelos culturales egipcios en

la zona meridional de Europa, y luego los Iberos, los Romanos y más tarde los Árabes. Tengamos presente que hoy podemos frecuentar la lectura de los clásicos gracias a los traductores árabes que los rescataron de textos tardo-romanos y a la habilidad de los amanuenses medievales que, con preciosismo, lograron traducirlos de nuevo al latín y más tarde a los idiomas romances.

### **III. EUROPA EN SUS CONTRADICCIONES**

Europa es una historia de contrastes. Como sus fronteras, Europa es inestable, pero podemos admitir, parafraseando las leyes de la física, que se trata de un equilibrio inestable.

A pesar de todo lo que se ha dicho y escrito sobre Europa, los criterios de cuándo nace Europa como civilización, como cultura o como sistema político, no son pacíficos. Como señala Antonio Truyol Serra, si bien las raíces de Europa penetran en la antigüedad greco-latina y pasan por el cristianismo medieval, no nace como entidad histórica, cultural y política hasta la Edad Moderna, presentando una realidad distinta y nueva de su pasado (Truyol Serra, 1972, 13-14).

Para Fulech, en cambio, Europa nace en el siglo XVIII, para otros, la piedra fundamental se encuentra en el Sacro-imperio Romano-germánico, o para los románticos alemanes en el siglo XVI. Para Ballesteros Gaibrois, Europa no ha nacido todavía (Ballesteros Gaibrois, 1961, 35-36), para otros nace en Grecia, o también en la Roma imperial.

Sin duda, podríamos aventurar que Europa ha sido hasta ahora un cruce de caminos, muchos han pasado por estas tierras y todos han dejado algo en su impronta. Cuál es el modelo político-social que aventuramos, entonces, para Europa.

He aquí, también, una disyuntiva. A lo largo de su historia Europa ha tratado de unirse ya sea por la voluntad de varias naciones en una idea común siguiendo, de este modo, un criterio federal o por, el contrario, por la voluntad de una nación que somete al resto bajo su férula siguiendo un criterio imperial. Dos modelos en pugna, en los que en definitiva subyacen, como ya he tenido oportunidad de señalar en otra ocasión en la Universidad de Jaén (Faramiñán, 2002, 109), en la primera idea, el sustrato del pensamiento griego de las confederaciones y en la segunda, el sistema del cesarismo romano.

Es como si Europa llevara en sus entrañas el reto de las encrucijadas, de la dialéctica temporal que progresivamente le lleva a intentar unirse de un modo u otro.

Numerosas han sido las propuestas que han abogado por el modelo confederal. Ya en 1453, cuando Podiebrand propone en sus veintiún artículos la *Congregatio Concordia* para asegurar la paz de Europa ante el peligro turco, o en 1623 cuando Emeric Crucé publica *Le Nouveau Cynée* en donde plantea la necesidad de establecer la libertad de comercio en todo el mundo y la creación de una moneda única, sin olvidar

destacar las ventajas económicas de una federación para Europa y plantea la reconciliación del mundo cristiano y musulmán. O más tarde, Maximilien de Béthune, duque de Sully quien, en 1638, propone a Enrique IV la formación de un Consejo General con la representación de todos los Estados de Europa basándose en el modelo de las anfitionías griegas; así como William Penn, que en 1693 presenta el proyecto de un Contrato perpetuo que una a los soberanos de toda Europa.

Sin olvidar a los padres del Derecho Internacional como Francisco de Vitoria, Baltasar de Ayala, Francisco Suárez, Alberico Gentili o Hugo Grocio, o, también, al Abad de Saint-Pierre que, en 1713, publica una majestuosa obra sobre cómo alcanzar la paz en Europa utilizando el sistema de arbitraje como arreglo pacífico de las controversias entre los soberanos de la época; o Immanuel Kant quien en su Tratado sobre *La Paz Perpetua*, publicado en 1795, aboga por el establecimiento de una federación mundial de Estados.

Y sin embargo, Europa se une a sangre y fuego a partir de la expansión de Francia con Napoleón, de Alemania con el Kaiser primero y con el Fürher después, sin olvidar los antecedentes históricos de Carlomagno, de Otón II y Otón III o Carlos V.

Europa se debate permanentemente entre el federalismo democrático o la dominación imperial o totalitaria.

Los esfuerzos para organizar a los Estados en ententes mundiales, como la Sociedad de Naciones después de la Gran Guerra, no lograron conjurar el peligro de una Segunda Guerra Mundial que asoló Europa. En 1923, un precursor de la unidad pacífica y democrática de Europa como Ricardo Coudenhove-Kalergi ya presagió el fracaso de la Sociedad de Naciones y propuso un modelo federal, que bautizó como *Paneuropa*, apuntando que “*los Estados europeos tienen más probabilidades de ganar que de perder en una federación*” (Coudenhove-Kalergi, 2002, 141). Las reflexiones que realiza en el Prefacio de su obra, mantienen su vigencia en la hora actual y hay que decir que sus ideas fueron el caldo de cultivo sobre el que germinó más tarde la idea de las Comunidades Europeas, la hoy Unión Europea, en las mentes de Jean Monnet y Robert Schuman.

Para Coudenhove, Europa es una idea con entidad propia que necesita despertar a un gran movimiento político que dormita en todas las naciones europeas. En esos mismos años Aristides Briand no se quedará atrás y formulará su *Memorando* en el Congreso Paneuropeo de Berlín en 1930 y en el que propone alcanzar la Unión Europea.

El dilema se mantiene en esta Europa de encrucijadas. Para profundizar aún más en esta idea, nos sirve lo que recientemente ha señalado George Steiner (Steiner, 2005, 61-62) en una magnífica conferencia pronunciada en 2004 en el *Nexus Institute* de Holanda, cuando nos recuerda que existe, no obstante en Europa, una tendencia escatológica, la tendencia a los totalitarismos, las dos guerras mundiales, que fueron en realidad dos guerras civiles europeas, y de ahí el modelo apocalíptico de *Los últimos*

*días de la humanidad* del que nos habla Karl Graus, y señala Steiner que “*una y otra vez, las polaridades se agudizan*”, y que para evitar caer en lo que los alemanes llaman la *Geschichtsmüde*, algo así como “cansado de historia”, Europa “*puede purgarse de su propia herencia oscura haciendo frente a esa herencia con perseverancia, (y) tal vez la Europa de Montaigne y Erasmo, de Voltaire y de Immanuel Kant pueda una vez más ofrecer orientación*” (Steiner, 2005, 63/76).

Quizás llevara razón Monstesquieu, cuando decía que Europa no era más que una nación compuesta por muchas.

Los llamados *padres de Europa* así lo supieron entender y emprendieron, a partir de la Segunda Guerra Mundial, una singular empresa que hoy nos convoca en el seno de la Unión Europea como un modelo de inspiración federal que propone una Europa libre, igualitaria y democrática.

#### **IV. EUROPA EN LA ENCRUCIJADA**

Los recientes acontecimientos que dieron al traste, al menos temporalmente, con la ratificación del Tratado que establece una Constitución para Europa, con el No en Francia y en los Países Bajos como resultado del Referéndum sobre este Tratado han puesto en evidencia que la *idea de Europa* no ha terminado de calar en las conciencias de los europeos. En el caso francés, se ha confundido la crítica que los votantes querían realizar a la política interior francesa con la idea de una Europa unida. En cualquier momento despierta se comprende que se trataba de un espejismo, de un fenómeno especular, donde, por reflejos, el todo se confunde con las partes; y en el caso de los Países Bajos, parece más un “efecto dominó” sobre la opinión pública holandesa que se dejó llevar por la inercia de los medios de comunicación de masas.

Si Europa es un continente de altibajos, el modelo comunitario europeo que se pone en marcha con el discurso de Robert Schuman en 1950 y que se concreta un año más tarde con el Tratado CECA y en 1957 con los Tratados CEE y Euratom, ha sufrido, a lo largo de su proceso de construcción, numerosos tropiezos de los que, sin embargo, siempre ha salido fortalecida la idea de una Europa unida. Baste recordar, a modo de ejemplo, la crisis de la Comunidad Europea de Defensa en 1954, o la crisis de la Silla Vacía en 1966, o las necesarias reformas institucionales que llevaron a la revisión de los Tratados constitutivos con la firma del Acta Única Europea (1986), o a la firma del Tratado de Unión Europea (Maastricht, 1992), al Tratado de Ámsterdam (1997) y al Tratado de Niza (2001). Lo que no evitó que se produjeran las consiguientes alteraciones y retranqueamientos a la hora de sus ratificaciones en los parlamentos nacionales como ocurrió con el Tratado de Maastricht, recordemos, si no, el fracaso del referéndum danés, o del referéndum irlandés sobre el Tratado de Niza, o los referendos sobre la adopción del Euro en Dinamarca o en Suecia.

Sin embargo, en España se ha sabido presentar el Tratado tal como es, un Tratado que tiene un contenido constitucional y que en definitiva no hace más que

refrendar el valor constitucional de los Tratados constitutivos (ahora unificados y simplificados en un solo texto), lo que ya se sabía y se había corroborado por ingentes sentencias del Tribunal de Justicia de las Comunidades Europeas, a lo largo de estos cincuenta años de Europa unida.

Otra vez Europa se encuentra en la encrucijada. Si, complejo fue el proceso de aprobación del texto de Tratado Constitucional, parece más difícil aún alcanzar la ratificación unánime de los veinticinco Estados miembros, y si la entrada en vigor se retrasa habrá que incluir a Rumanía y Bulgaria, cuya adhesión se ha previsto para el 2007. Sin duda se presenta un panorama complejo y heterogéneo en el que con un solo país que no ratifique, el Tratado no entra en vigor poniéndose en entredicho la legitimidad de la Unión (Faramián, 2004. 257).

Probablemente no nos equivocamos al pensar con Ortega que *“la unidad de Europa no es una fantasía, sino que Europa es la realidad misma y la fantasía es precisamente lo otro, la creencia de que Francia, Alemania, Italia o España son realidades sustantivas e independientes”* (Ortega y Gasset, 1972, 16).

Poner en peligro la legitimación de la Unión Europea, al no entrar en vigor el Tratado Constitucional porque no se logre la ratificación de los veinticinco Estados miembros, evidencia un riesgo demasiado grande y con consecuencias graves para el futuro de Europa. Mas, si, como se ha dicho, las razones que inclinan a la celebración de un referéndum son las de implicar a la ciudadanía europea, no resultaba en absoluto descabellada, y sin embargo no tuvo ningún éxito, la idea de celebrar un referéndum pan-europeo, obviando así la celebración de los referendos nacionales y el peligro evidente de un fracaso que de la mano de los pocos arrastraría a los más.

Sin embargo, la situación es tal que, como ha apuntado Miguel Durao Barroso presidente de la Comisión Europea, *“el futuro de la Constitución Europea es incierto”*, quizás porque se ha dejado que el proceso de ratificación se llevara a cabo según los modos nacionales, y el error, a mi entender, es que en el marco de este libre albedrío sobre el procedimiento de ratificación se decidió en función de conveniencias que poco tenían que ver con el proceso de construcción europea. Dicho de otro modo: desde lo local no se supo pensar en lo global.

## V. EUROPA GLOCALIZADA

Para Ortega (Ortega y Gasset, 1966, 39), *“cada uno de los pueblos (...) a los que pertenecemos ha vivido permanentemente a lo largo de su historia en una forma dual de vida: la que viene del fondo europeo, común con los demás, y la cuya diferencial que sobre ese fondo se ha creado”*. Esto significa que los europeos viven en un plano bidimensional, por un lado, la realidad global, determinada por la sociedad europea constituida por el gran sistema de usos europeos que llamamos “civilización” (expresión que no convence demasiado a Ortega) y la otra, que procede del comportamiento que deviene de los usos particulares y que él llama *diferenciales*.

Sin embargo, esta dialéctica tiene solución en el contexto de lo que hoy se ha venido a llamar la *glocalización*, es decir la capacidad de pensar globalmente pero actuar localmente.

Hace unos años fue Ulrich Beck, profesor de sociología de la Universidad de Munich, quien acuñó la voz *glocalización*, como un término que pudiera aglutinar dos conceptos en aparente pugna como son la idea de globalización y de localización. Apunta, en el marco de su teoría del *Riesgo global*, que todo el mundo siente amenazada su identidad frente al poderosísimo rival que es la globalización, es decir, que surge la sensación de sentirnos expulsados de nuestro terruño y como reacción aparezcan “*indisimuladamente, identidades nacionales, étnicas y locales*”; los que Beck llama, con una suerte de neologismo, *nacionalismos introvertidos* que buscan atrincherarse ante al ofensiva del mundo global (El País, Opinión, 11-11-2003).

Los seres humanos tratan, entonces, de recomponer su propio mosaico identitario y, a veces, lo hacen con violencia y con rechazo visceral al “otro”, a todo que provenga de fuera. Frente al escenario de la conflictividad habrá que gestionar un escenario de la complementariedad, donde se integren los factores de la alteridad en la natural convivencia de elementos en apariencia dicotómicos, pues como señala Beck, “*si no se alienta a nuestros contemporáneos a reconocer y afirmar la variedad de las fibras tradicionales entretejidas en su propia identidad, si no aprenden a valorar hasta qué punto las diversas culturas –en la alimentación, la música, el fútbol, etc- hace mucho que han pasado a formar parte integrante de su propia vida*” estaremos fomentando el fundamentalismo identitario o, por el contrario, el suicidio cultural.

La Unión Europea, como fenómeno regional es un síntoma del proceso de globalización y localización y ha buscado integrar regiones en el marco de sus intereses comunes, incluso, a veces forzando identidades, en la consecución de un objetivo mayor. En la Unión Europea se puede constatar que se van afianzando, progresivamente, dos sentimientos, por un lado la conciencia de *sentirse europeos* y por otro lado, la sensación de valorar más el terruño que la propia nacionalidad, y que, sin negar esta última, importa más la región, la ciudad o el pueblo en el que estamos afincados. En efecto, esta idea se refleja en los artículos 1 y 2 del Tratado de la Unión Europea (TUE), así como en el artículo 5 del Tratado constitutivo de la Comunidad Europea en los que se establece el *principio de subsidiariedad* y que se define en el Preámbulo del TUE con la voluntad de “*continuar el proceso de creación de una unión cada vez más estrecha entre los pueblos de Europa, en las que las decisiones se tomen de la forma más próxima posible a los ciudadanos*”.

Esto es un modo de *glocalizar*. Así, está surgiendo el interés por la comunidad cercana, por el entorno próximo, por el barrio que corre paralelo al interés por las cuestiones internacionales que afectan al planeta, como el deterioro ecológico, las pandemias, el hambre, la violencia... Para Manuel Castells (Castells, 1999), se trata de unir dos conceptos, el de globalización más el de proximidad, es decir, “*destacar el ámbito urbano y el papel gestor-coordinador-promotor de los gobiernos locales para la implementación de políticas que tienen en cuenta unos referentes globales y se*

*posicionan respecto de ellos*”; lo que para Sonia Fernández Parratt, (Fernández Parratt, 2002) se trata de un fenómeno en lo que *“lo local busca su espacio en la proximidad, mientras que la tecnología y la economía nos conducen a un escenario que cada vez tiene menos barreras”*.

Parece evidente, que nos estamos abocando a un proceso en el que se enfrentan, y a la vez se entroncan, dos concepciones como son la de identidad y la de alteridad.

Otra vez, George Steiner nos da una pauta a considerar, en esa suerte de *intimismo europeo* que le lleva a decir con un sentido sociológico y poético que *“Europa está compuesta de cafés. Estos se extienden desde el café favorito de Pessoa en Lisboa hasta los cafés de Odesa, frecuentados por los gansters de Isaac Bábel. Van desde los cafés de Copenhague ante los cuales pasaba Kierkegaard en sus concentrados paseos hasta los mostradores de Palermo. (...) Si trazamos, dice, el mapa de los cafés, tendremos uno de los indicadores esenciales de la ‘idea de Europa’ ”* (Steiner, 2004, 38).

En los cafés, el europeo se recoge, medita, escribe, conspira, se reúne, debate y entabla lazos de amistad y de concordia, pero también desde los cafés surge la rebelión y la conjura. Nos dice también que los grandes europeos allí frecuentaron a sus pares, *“quienes quisieran conocer a Freud o a Karl Kraus, a Musil o a Carnap, sabían exactamente en qué café buscarlos, a qué stammitsch (mesa) se sentaban. Danton y Robespierre se reunieron por última vez en el Procope...”*.

Los cafés nos dan en Europa esta idea de la proximidad y la tertulia. En los cafés, los europeos *glocalizan*, pues desde su perspectiva local hablan del mundo y lo resuelven, o al menos así lo creen y lo intentan. Esto, nos da otra percepción que dinamiza nuestro entorno más cercano proyectándolo hacia los más recónditos rincones del planeta y todo alrededor de una mesa de café.

Además el europeo recuerda y necesita recordar, por eso Steiner dice que a Europa se la puede *pasear* y esas calles recorridas a pie son también un *lugar de la memoria* (*lieu de la mémoire*), ya que a diferencia de otros continentes, nuestras calles se ilustran con los nombres de estadistas, militares, poetas, artistas, compositores, científicos y filósofos, y las placas que nos recuerdan el paso de la historia local, *“aquí vivió...”*, *“aquí compuso o escribió...”*, incluso, *“aquí cayó abatido...”*.

Como señala Louis Althusser en su ensayo sobre Monstesquieu (Althusser, 1974, 64) *“la historia no sería más que una totalidad cambiante. (...) Estaríamos en una ‘totalidad circular expresiva’ en la que cada parte es como el todo: ‘pars totalis’ ”*.

Los europeos nos enfrentamos constantemente ante un reto decisivo, que nos constriñe entre el todo y la parte, entre la libertad y la opresión y, como en el mito de Sísifo, nos parece que siempre nos encontramos empezando, pues, como decía al comienzo, estamos en un *permanente equilibrio inestable*. Es posible, que una forma de alcanzar la realidad sea aprender a moverse entre el mito y la utopía, pues como

apostillaba Coudenhove “*los grandes movimientos históricos fueron primero utopías y se hicieron más tarde realidades*”.

En definitiva, Europa nos reconforta en cualquier rincón de su geografía, de esa geografía indefinida de la que hacíamos referencia al comienzo, y que, sin embargo, manifiesta esencias de algo que nos pertenece. Somos europeos al la vez que gozamos de un estatus nacional, pero, también y, sobre todo, somos de nuestro pueblo, de nuestro barrio, y es en sus calles donde aprendimos a leer en sus paredes la historia de nuestro tiempo. Extraño destino el de estas tierras que parecen que siempre se encuentran arrebatadas como en el mito original y que no obstante han generado cultura.

Para ello, la Universidad es un magnífico aliado, aunque pueda pensarse, que estas no son más que palabras, sólo teorías, y, probablemente, con cierta razón, pero me inclino a pensar con Francisco Tomás y Valiente (en su discurso de investidura con ocasión del Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad de Salamanca) que la aportación de las universidades es y debe seguir siendo, sobre todo, muy tradicional, profundamente sospechosa y, también, porque no, un poco inútil, pues de lo contrario, y esto lo agregó yo, nos convertimos en una empresa y no en la *Casa del pensamiento*. Hasta aquí, sólo he intentado reflexionar, sin grandes aspavientos, pues como decía Terencio, “*seguro que con grandes aspavientos no se dicen más que tonterías*” (Terencio, Haut.. 621).

## **NOTAS BIBLIOGRÁFICAS**

HESIODO (1978): *Teogonía (obras y fragmentos)*, Madrid, Ed. Gredos.

OVIDIO NASON (1964): *Metamorfosis*, Barcelona, Ed. Alma Mater.

GONZAGUE DE REYNOLD (1947): *La formación de Europa*, Madrid, Ed. Pegasus (vol. I).

COUDENHOVE-KALERGI, R. (2002): *PanEuropa. Dedicado a la juventud de Europa*, Madrid, Ed. Tecnos.

HALECKI, O. (1958): *Límites y divisiones de la historia europea*, Madrid.

DÍEZ DEL CORRAL, L: *El rapto de Europa*, Madrid, Ed. Revista de Occidente.

TRUYOL SERRA, A. (1972): *La integración europea*, Madrid, Ed. Tecnos.

BALLESTEROS GAIBROIS, M. (1961): *Las raíces de Europa. Europa en el mundo actual*, Santander, Ed. Univ. Int. Menéndez y Pelayo.

FARAMIÑÁN GILBERT, J.M. de (2002): *Democracia y tentación totalitaria en Europa*, La Democracia a Debate, Madrid, Ed. Dykinson.

STEINER, G. (2004): *La idea de Europa*, Madrid, Ed. Siruela.

FARAMIÑÁN GILBERT, J.M. de (2004): *Comentarios sobre la Constitución Europea*, Revista de Estudios Regionales, Málaga, Ed. RER, nº 70.

ORTEGA Y GASSET, J. (1972): *La rebelión de las masas*, Madrid, Ed. Espasa Calpe.

ORTEGA Y GASSET, J. (1966): *Meditación de Europa (De Europa meditatio quaedam)*, Madrid, Ed. Revista de Occidente.

CASTELLS, M. (1999) *La era de la Información. Economía, sociedad y cultura*, Madrid, Ed. Alianza.

FERNÁNDEZ PARRATT, S. (2002): *La glocalización de la comunicación*, Madrid, Universidad Carlos III de Madrid ([www. Ull.es/publicaciones](http://www.Ull.es/publicaciones)).

ALTHUSSER, L. (1974): *Montesquieu: la política y la historia*, Barcelona, Ed. Ariel.